



18

El Evangelio de la Misericordia

Hoy vamos a hablar del Evangelio de la Misericordia. Estamos llamados a acoger a Jesús el misericordioso, el revelador, la encarnación de la misericordia del Padre. Dios es bendición porque derrama en nosotros la misericordia. Dios bendice al hombre pecador, lo perdona, lo cura, lo transforma hasta hacerlo santo, por obra de la gracia y con nuestra colaboración humana.

Vamos a profundizar a través de algunos textos evangélicos en este misterio de la misericordia, buena noticia de Dios, mensaje maravilloso de Dios para nosotros. El hombre es pecador, pero Dios ha amado nuestra pobreza, nuestra miseria, ha descendido para perdonarnos, curarnos y transformarnos.

Caminaremos guiados especialmente por san Lucas y san Juan. Comenzamos con el encuentro de Jesús con Zaqueo:

Texto (Lc 19, 1-10)

«Habiendo entrado en Jericó, Jesús atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura.

Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí.

Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa.» Se apresuró a bajar y le recibió con alegría.

Al verlo, todos murmuraban diciendo: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador.» Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo.» Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.»



Jesús, el Hijo del hombre, el Hijo de Dios encarnado, ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido. Este es el evangelio de la misericordia.

Vamos a desgranar el encuentro del Señor con Zaqueo. Jesús recorría las ciudades, iba de un sitio a otro, buscando al hombre pecador. El Señor lo sigue haciendo hoy, vivo, glorioso y resucitado, aunque no le vemos visiblemente, Él sigue estando presente y nos va buscando a cada uno.

Zaqueo al oír que era Jesús trataba de verlo pero la gente se lo impedía. Para tener un encuentro con el Señor a veces tenemos muchos impedimentos, porque para poder encontrarle tenemos que buscarle personalmente, para conocer a Jesús necesitamos tener un encuentro personal con Él. Nada puede suplir esto. Los demás podrán ayudarnos o dificultar, pero hay que llegar a ese encuentro con el Señor.

Zaqueo hizo lo que estaba de su parte, sabiendo por dónde iba a pasar Jesús se buscó la manera de verlo. Jesús se detiene, alza la vista, le mira fijamente y le llama por su nombre: «¡**Zaqueo baja!** **Conviene que hoy yo me quede en tu casa**». La mirada del Señor nos atraviesa el corazón.

Para poder tener un encuentro con Él es necesario descender. A Dios no le podemos mirar altaneramente, orgullosamente, tenemos que descender a nuestra verdad, a la realidad de lo que somos, sólo así podemos tener un diálogo con Él. Y aquí viene lo sorprendente, sabiendo cómo soy y quién soy, el Señor hace la petición inaudita: «**Quiero quedarme en tu casa**», o traducido: «**¿Me hospedas, me acoges? ¿Quieres recibirme?**».

Lo que le dijo a Zaqueo, nos lo dice ahora el Señor a cada uno de nosotros. La respuesta de Zaqueo es para nosotros modelo a seguir, se apresuró a bajar, es decir, obedeció y le recibió con alegría. ¡Cómo no vamos a estar alegres si nos hemos encontrado con el Señor! ¡Cómo no vamos a estar alegres si el Señor nos habla! ¡Cómo no vamos a estar alegres si dice que quiere estar con nosotros! Más aún, nos dice: «**Yo quiero quedarme en tu casa!**». Qué maravilla.

Pero qué diferencia. Zaqueo se alegra; en cambio los demás, al verlo todos murmuraban diciendo: «**ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador**». Estas palabras que decía la gente constatan la verdad. Ciertamente Zaqueo era pecador, porque todos somos pecadores; pero no sólo eso, sino que por su forma de vivir y por la condición que tenía, en cierta manera, toda su vida estaba impregnada de pecado y él no lo ocultaba, la gente lo sabía: «**ha ido a hospedarse a casa de un pecador**».

Cuántas veces no es sólo la murmuración o el juicio de los demás, cuántas veces no nos dejamos amar y querer por el Señor, cuántas veces nos resistimos a acoger al Señor porque en el fondo esta murmuración está en nuestro propio interior: «**¿No puede ser! ¿Pero cómo se va a fijar el Señor en mí? Pero ¿cómo me va a querer? Con lo pecador o pecadora que soy yo. ¿No puede ser, no puede ser!**». Pues escuchemos bien, el Señor llama por el propio nombre y dice: «**¿Yo quiero hospedarme en tu casa!**».

Y Zaqueo puesto en pie dice al Señor: «**Daré la mitad de mis bienes a los pobres, y devolveré el cuádruplo a quien haya defraudado**». Es decir, Zaqueo comprende perfectamente que al recibir al Señor hay muchas cosas que tienen que cambiar, que su vida no puede seguir igual, pues el Señor cambia las cosas –*daré, devolveré* y tantos verbos que nosotros podríamos poner aquí–.

Y Jesús dijo: «**Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también este es hijo de Abraham**». La salvación ha llegado, primero porque Zaqueo se ha abierto, porque ha cambiado de vida, ha manifestado el deseo de transformar su vida. Pero ha llegado la salvación a la casa, sobre todo, porque la salvación es Jesús y Zaqueo ha dejado entrar al Señor en su casa.

Mirad, **la salvación llega** sobre todo **cuando dejamos entrar al Señor**. Por eso, como nos demuestra esta escena, la verdadera conversión comienza cuando nos volvemos hacia el Señor y le abrimos la puerta de nuestro corazón y de nuestra vida, ésta es la gran resistencia que solemos tener. Normalmente nos defendemos del Señor *a capa y espada, con uñas y dientes*, nos cuesta dejarle entrar, porque no acabamos de creernos que nos ama, porque no acabamos de creernos que tenemos solución, porque no acabamos de convencernos que es mucho más maravilloso vivir lo que Dios nos propone, que la vida efímera del pecado. Tantas cosas nos impiden abrir la puerta al Señor.

Pero, sobre todo, ¿sabéis cómo se convierte uno? Dejando entrar al Señor y dejando que Él ponga las cosas en su sitio. No se trata, a veces, de hacer grandes cosas ni grandes obras, se trata sencillamente de decir: «**¡Señor, pasa, di, muestra, y yo haré lo que me digas!**». Así de sencillo. La conversión verdadera es hacer caso a Dios, que Él sí sabe lo que me pasa, sabe qué herida tengo, qué enfermedad padezco, y Él sabe perfectamente cuál es la mejor manera de poner remedio a lo que me sucede.

Zaqueo, –dice el Señor– también es hijo de Abraham, es decir, también él es heredero de la promesa. La promesa de la bendición de Dios también es para él. Y aunque Zaqueo pertenecía al pueblo elegido, dentro del pueblo hebreo, ahora esto lo tenemos que extender a todos los hombres, porque todos estamos llamados a heredar la bendición de Dios en Cristo.

El Señor dice esta frase sintética que resume la misión que Él ha recibido del Padre: «*el Hijo se ha encarnado enviado por el Padre y ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*». Fijaos que el Señor hace una afirmación contundente, muy importante, que desarrollaremos después.

Zaqueo estaba perdido –atención a esto–. Es decir, el hombre sumergido en el pecado está perdido, porque ha perdido a Dios y camina hacia la perdición. Está ya en la perdición en la medida en que está lejos de Dios. Y aquí está lo maravilloso: **la misión de Jesús es buscar y salvar, y la tarea del hombre pecador es convertirse y transformarse, dejarse alcanzar por quien le busca**. Jesús es el que me busca porque me ama; el amor arde en su corazón y Él constantemente está viniendo hacia nosotros, hacia ti, hacia mí.

Ojalá el Espíritu Santo te haga comprender con qué amor, con qué ardor, con qué pasión amorosa el Señor te busca. Sí, lo que oyes, el Señor te busca ardientemente y te busca para salvar. Él es el único que lo puede hacer: salvar, curar, perdonar, reconciliar, y desde ahí transformarte en hija, en hijo de Dios. ¡Qué maravilla!

Como el hijo pródigo, Zaqueo encontró a Jesús, el revelador de la misericordia del Padre. Sí, el Señor es el misericordioso, el que cura y sana nuestro pecado, porque nos revela nuestra propia verdad. Somos pecadores llamados a ser curados, redimidos y santificados por Dios.



Vamos a otro texto de san Lucas, al final del capítulo 7. Esta vez no es Jesús el que se invita a la casa, sino que le invitaron. Y estando allí Jesús recibió una visita muy especial.



Texto (Lc 7, 36-50)

«Un fariseo le rogó que comiera con él y entrando en la casa del fariseo Jesús se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume. Al verlo el fariseo que le había invitado se decía para sí: «Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora.»

Jesús le respondió: «Simón, tengo algo que decirte.» El dijo: «Di, maestro.» Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?» Respondió Simón: «Supongo que aquel a quien perdonó más.»

Él dijo: «Has juzgado bien», y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra.» Y le dijo a ella: «Tus pecados quedan perdonados.» Los comensales empezaron a decirse para sí: «¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?» Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado. Vete en paz.»

En este pasaje encontramos a Jesús el Señor, a Simón el fariseo y a aquella mujer pecadora pública cuyo nombre desconocemos. Vamos a fijarnos en algunas cosas preciosas que nos aporta.

Primero, **el fariseo Simón acoge a Jesús en su casa, pero su actitud no es una apertura de corazón.** Jesús se deja invitar no sólo por los pecadores sino también por los fariseos y por todo el que le invita, no hace acepción de personas porque ama a todos y busca la conversión de todos.

Estando allí, irrumpe aquella mujer pecadora pública con aquel gesto de amor impresionante que hemos escuchado. Al ver semejante cosa, dice Simón el fariseo: «**está tocando a Jesús y es una pecadora, si fuera profeta sabría quién es**». En el fondo Simón piensa: «**si supiera quién es y que es pecadora, no se dejaría tocar**». ¡Atención! El Señor se deja tocar por los pecadores. Repito: **El Señor se deja tocar por los pecadores.**

A Simón no hace bien el razonamiento porque el Señor le rompe los esquemas. Y Jesús toma la palabra: –*Simón, tengo que contarte algo.* Y Simón contesta: –*Di, Maestro!* Ojalá nosotros también sepamos decir esto con sencillez, como Simón: «**¡Di, Maestro! Enséñame** lo que no entiendo, hay tantas cosas del evangelio que no entiendo. **Explícame, Jesús, el evangelio.** Que el Espíritu Santo ilumine mi inteligencia y mi corazón, para que me ayude a conocer, cada vez mejor, lo que tú nos enseñas».

Jesús le dice a Simón: “Un acreedor tenía **dos deudores**”, no uno sino dos. Sabéis lo que le está diciendo el Señor a Simón ¿verdad?: «*Simón, tú piensas que aquí hay una pecadora, y me has invitado a tu casa porque hay división de opiniones sobre mí, porque quieres saber si soy profeta o no, si soy maestro o no, si soy enviado de Dios o no. Pues mira, aquí hay uno que es Dios mismo en persona, que ha venido a salvar a los hombres, y aquí, no hay una pecadora, sino **dos pecadores: ella y tú; sí, ¡y tú, Simón!***».

La primera tarea de la misericordia del Señor es mostrarnos y llamarnos a aceptar nuestra verdad, es convencernos de que somos pecadores. ¡Cuánto nos cuesta aceptar la verdad! Como Simón, muchas veces nosotros nos erigimos en jueces de los demás, en criticadores de la vida de los otros, juzgamos y decimos de los demás y no nos damos cuenta que nuestra condición es la misma. Quizás no hemos hecho lo mismo o nuestra vida es diferente, ciertamente, pero –atención–, la verdad es que todos y cada uno de nosotros, tú, yo y todos, somos pecadores. ¡Líbranos Señor de la ceguera y del orgullo de los que no se reconocen pecadores!

Primera lección del Señor: enseñar la misericordia significa revelar, descubrir y convencer al hombre de su verdad. El hombre es pecador, que traducido de una manera vital significa que cada uno de nosotros deb decir: «*yo soy pecador*», «*yo soy pecadora*». Y a partir de aquí es cuando va a empezar a funcionar la relación con el Señor, que es el Salvador de los pecadores.

¿Quién de ellos le amará más? A quien perdonó más. ¿Quién es el hombre para Jesús? Aquel a quien Él ama con tanto cariño y con tanto amor, en quien quiere derramar su misericordia. ¿Sabes quienes somos tú y yo? Aquél, aquélla a quien Jesús perdona. Y si hay muchos pecados pues perdona más, y ¿dices que hay más? Pues perdona más. ¿Que todavía hay más? Pues más y más perdona el Señor.

Con lo cual descubrimos que lo que parecía muerte, tragedia irresoluble, que no tenía solución se convierte en ocasión de encuentro con Cristo. ¿Que me estás diciendo que tienes muchísimos pecados? Pues fíjate la cantidad de cosas que puede hacer el Señor contigo, fíjate la cantidad de amor que puede derrochar el Señor contigo; ábrele tu corazón, déjate amar, déjate bendecir.

Aquí el Señor destaca la diferencia de trato entre Simón y la pecadora. «*Entré en tu casa y tú ni me diste agua, ni me besaste, ni me ungieste, en cambio ella no ha hecho más que expresar, como ha podido, con sencillez, con cariño, con respeto, el amor que le desborda en el corazón, en agradecimiento por el amor que yo le he manifestado perdonando sus pecados. A quien poco se le perdona, poco amor muestra*».

Sí, Simón ha invitado a Jesús, le ha hecho entrar en casa, pero su corazón está cerrado, está distante y mira con prepotencia, mira como juez. Así no se puede tener una relación con el Señor. Por eso – ¡cuidado! –, no se trata de que digamos muchas cosas al Señor, o que digamos que creemos, sino revisar cómo tratamos al Señor. No se trata de decir que le conozco, que creo en Él; se trata de recibirle como quien es, como el Salvador, reconociéndose con humildad pecador ante Él. En cambio, aquella mujer que había oído hablar a Jesús, que había sentido en su corazón cómo el Señor la perdonaba, era todo expresión de amor.

¿No será, a lo mejor, que todavía no queremos lo suficiente al Señor, porque no nos dejamos perdonar por Él? ¿No será que queremos poco a Dios, porque no nos acabamos de creer que necesitamos ser perdonados por Él, y entonces no conocemos el amor que Dios nos tiene? Dios es Amor. «**Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene**», dice el apóstol san Juan (1Jn 4,16). Sí, el Señor muestra su amor con nosotros perdonándonos.

Si nosotros huimos del acontecimiento fundamental, que nos va a hacer experimentar el amor de Dios en nuestra vida para transformarnos, que es el encuentro con el amor misericordioso de Dios, tendremos una imagen de Dios a nuestra medida, no será la imagen real. Qué ternura se derrocha en el corazón cuando el Señor nos abraza con su perdón. *¡Tus pecados quedan perdonados!* Han sido perdonados sus muchos pecados. Esta es la afirmación fundamental, **esta pecadora es modelo de conversión**, no por los pecados que ha cometido, sino porque se ha convertido y el Señor la ha perdonado por su arrepentimiento. *¡Tus pecados quedan perdonados!*

Y ¿quién es este que hasta perdona los pecados? Pues Dios hecho hombre, el Salvador del mundo, Jesucristo; sólo Dios puede perdonar los pecados. Por eso, para salir del pecado no se trata de buscar cómo puedo ser bueno a mi manera, con mis fuerzas, se trata de dejarse amar por Dios que nos hace buenos en su abrazo amoroso.

Jesús le dice a la mujer y nos dice a todos: «**Tu fe te ha salvado, vete en paz**». Y ¿en qué consiste **la fe**? En **reconocer con humildad**: «**soy pecador, soy pecadora**», en reconocer **con certeza**: «**Tú eres misericordioso y redentor**». La fe es **pedir al que cura, al que perdona, al que salva, al Señor** que ejerza con nosotros su oficio de Salvador. Como hijos acudimos al Padre, como el hijo pródigo nos acercamos para recibir su abrazo de amor.

En estos textos hemos contemplado la misericordia del Señor. Hemos visto el evangelio maravilloso de la misericordia en *Lucas 19*, el encuentro del Señor con Zaqueo y en *Lucas 7*, el encuentro del Señor con aquella pecadora en casa de Simón.



Y vamos ahora a otro texto, otro encuentro maravilloso del Señor, el que tuvo con la mujer adúltera. Lo narra san Juan al principio del capítulo 8, en un marco precioso. Nos dice que el Señor se había retirado al monte de los Olivos y de madrugada va al templo a enseñar y la gente acudía. Nos da a entender que el Señor probablemente se había pasado la noche en oración en el huerto de los Olivos, el lugar donde comienza la pasión. Esto quiere decir que el Señor sabía que el encuentro con aquella mujer iba a suceder y que sería muy importante. Por otro lado, al concluir el encuentro con la adúltera, el Señor proclama que Él es la luz del mundo, y que quien camina con Él tendrá la luz de la vida, no estará en la oscuridad del pecado, sino que tendrá la luz de la vida.

Veamos el encuentro del Señor con la mujer adúltera:

Texto (Jn 8, 3-12)

«Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?» Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra.» E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose Jesús le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?» Ella respondió: «Nadie, Señor.» Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más.»



En este encuentro aparece la pregunta decisiva: «Señor, ¿tú qué dices?» Del pecado del hombre: «¿Tú qué dices?» Del hombre pecador: «¿Tú qué dices?».

Hemos visto un publicano, jefe de publicanos, y una mujer pecadora pública; ahora vemos una mujer sorprendida en adulterio; es decir, pecados gravísimos. Y la pregunta clave es: «Jesús, Tú que eres Dios hecho hombre, que has venido a buscarnos y salvarnos, ¿qué dices del pecado del pecador?».

Primero sorprende que el Señor no contesta directamente, sino que crea un silencio, un silencio que nos llama la atención porque ahí el Señor invita a recapacitar a los que tienen una actitud inadecuada, aquellos que en vez de buscar el bien de la persona están tratando de pillar a Jesús. Pero también el silencio de Jesús está provocando en nuestro corazón una apertura para recibir algo importante, para que así haya una expectativa, una acogida de lo que va a decir.

Por otro lado, escribe en la tierra, lo que nos recuerda el dedo de Dios que había escrito la ley con su dedo en las tablas de piedra. Ahora el Señor con su propio dedo ha venido a la tierra a escribir **la gran ley que rige el trato de Dios con los hombres: ¡la misericordia!** La misericordia entrañable de Dios.

Jesús dice: **«El que esté sin pecado, que sea el primero en apedrear»**. ¡El que esté sin pecado! ¿Os acordáis? En el texto anterior veíamos cómo a Simón le hizo comprender que él también era pecador. De nuevo Jesús realiza **la revelación de la misericordia**: *antes de hablar y decidir el caso de la mujer adúltera pongamos las cosas en su sitio. Venís aquí como si la única pecadora fuera ella; ¡os equivocáis! Para poder resolver este problema sobre qué digo de esta mujer pecadora, primero hay que poner las cosas en su sitio, porque si no, no se me va a entender. ¿Quién de los que estáis aquí, no es pecador? A ver, que sea el primero en hacerlo notar*. Y todos se fueron retirando, comenzando por los más mayores; es decir, aquellos a los que la vida normalmente ya les ha dado más sabiduría, son los primeros que se marchan.

Al final, no quedan más que Jesús solo y aquella mujer, porque todos se han ido. El Señor les ha hecho comprender su verdad y no les ha acusado, les ha dejado marchar. Y entonces Jesús le dice: – *Mujer, ¿dónde están?, ¿nadie te ha condenado?* Y ella responde: – *Nadie, Señor*.

Pero el Señor todavía no ha contestado a la pregunta ¿cuál es la pregunta? Fijaos, que ahora la mujer está delante de Jesús y es verdad que después de ver lo que ha visto. Por un lado está tranquila, porque sabe que su vida no peligra. Pero, pensémoslo bien, la cuestión no es solo salvar la vida física. A aquella mujer que había cometido adulterio, a ella, sí le interesaba saber lo que opinaba Jesús. – *«Jesús, todavía no has contesta. Tú ¿qué dices de mí, pecadora?»* Jesús le mira a la mujer a los ojos y le dice: – *«Tampoco yo te condeno; vete ¡y no peques más!»*.

¡Impresionante! **Esta es la misericordia de Dios. El Señor ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido**. Jesús es Dios hecho hombre y viene a decirnos: *«Yo no os condeno por vuestros pecados pero necesito que os dejéis perdonar, os arrepintáis de corazón, no os mantengáis en vuestro pecado, no pequéis más»*.

Jesús nos enseña a distinguir, que **una cosa es el pecado y otra cosa el pecador. El Señor rechaza el pecado** que es ofensa a Dios y destrucción del hombre. **¡No al pecado! ¡Un no radical!** Nos equivocamos si pensamos que el camino de la bondad de Dios consiste en que Dios le quite importancia a lo que hacemos, que le quite gravedad a lo que es grave; ¡no es así! Esa no es la bondad de Dios, eso no es la misericordia de Dios.

Precisamente, **la misericordia de Dios se muestra en el amor infinito y entrañable que el Señor muestra ante la gravedad del pecado del hombre**, pero una cosa es el pecado y otra cosa es el pecador. ¡Cuántas veces confundimos las cosas! Y como nosotros las confundimos, pensamos que Dios las confunde y ¡Dios no confunde las cosas! **Dios rechaza totalmente el pecado y ama infinitamente al pecador**. Es la maravilla del Señor, que nos ama por lo que somos; más allá de lo que hacemos, nos mira y ve lo que somos, nuestro corazón, nuestra persona, nuestra vida y Él nos ama con infinita ternura, con entrañable misericordia.

El Señor, cómo le dijo a aquella mujer, está deseando decirnos también a nosotros: *«Yo no te condeno, necesito que me pidas perdón, yo te perdono los pecados. Y a partir de ahora tienes que cambiar; que sea la última vez que haces esto, no peques más»* Cómo resonarían aquellas palabras en aquella mujer: *«Yo no te condeno, vete, no peques más»*. El Señor desea decirlo a cada uno de nosotros.

Y esas son también las palabras que resuenan, espiritualmente, cada vez que acudimos al Sacramento de la Reconciliación, cada vez que nos confesamos, cada vez que pedimos perdón a Dios, el Señor nos perdona a través del sacerdote. Y nos perdona todo, ¡todo! Gracias, Señor, por ser tan bueno con nosotros. ¡Qué bueno eres Señor! Tú que nos invitas a creer el evangelio de la misericordia.

Tenemos que darnos cuenta de que para poder vivir en el Señor tenemos que reconocer nuestra verdad, humildemente y con fe: somos pecadores. El misterio de la redención es que Jesús es el Hijo de Dios encarnado para salvar a los hombres pecadores, curando el pecado y elevándonos a la vida divina, a la vida de hijos de Dios.

Jesús nos hace **reconocer nuestra verdad**, y la verdad es que **somos pecadores amados por Dios, somos pecadores llamados a ser santos**. ¡Sí, pecadores llamados a ser santos! Es **la locura del amor de Dios**. La fe no es solo reconocer nuestra propia verdad; es, sobre todo, **reconocer la verdad de Dios. Dios es misericordioso y redentor**, es el Dios que ama al hombre y desea infinitamente curarle, redimirle, transformarle, hacerle vivir como hijo amado.

Tenemos que distinguir entre el perdón y nuestra memoria, nuestra psicología. Es importante tener esto claro, porque una cosa es el perdón de Dios y otra cosa que nosotros olvidemos lo que ya ha sido perdonado; que realmente haya una coincidencia entre el acontecimiento de gracia que ha sucedido en nuestra vida, por un lado, y nuestra propia psicología, por otro. El hecho de que uno se siga sintiendo culpable, el hecho de que uno no olvide el pasado eso no es signo de que no esté perdonado, perdonada.

Esto significa, primero, que tengo que creer que estoy perdonado, perdonada, a pesar del sentimiento que tengo, del pensamiento o recuerdo que me viene.

Segundo, esto hay que vivirlo *–podemos a expresarlo así–* como una pequeña cruz que llevamos. ¿Por qué? Porque al saberse perdonado, tenemos que ir olvidando ese pasado en correspondencia con el acontecimiento de gracia y misericordia que yo he vivido. Entonces el camino ¿cuál es? Cada vez que me aflora mi pasado vivirlo como una pequeña cruz, como algo que me inquieta, que me viene, pero que también es ocasión para que yo mire al Señor e invoque su gracia y su misericordia. En la medida en que uno acepta lo que le pasa, esto se convierte en ocasión para mirar al Señor y abandonarse en su misericordia, y así dejará de tener esa relevancia interior cuando uno se siga sintiendo culpable o que uno no termina de olvidar, etc. Y cuando uno deje de darle importancia, eso también va a ser ocasión de pacificar su interior.

Y, por último, en la medida en que nosotros llenamos nuestro corazón de otras cosas, en esa medida vamos acallando lo que aflora. De aquí la importancia de mirar al Señor, de escuchar su Palabra y de todo aquello que nos ayude y nos disponga a ser instrumentos del amor de Dios hacia los demás.

Por lo tanto, acallar el interior es distinto de saberse perdonado. El que ese pasado se olvide definitivamente, el que uno ya no se sienta culpable por lo que Dios ha perdonado es algo que hay que esperar con el tiempo. Y lo importante, tener fe en la misericordia del Señor y no perder la paz porque me venga a la memoria el pasado; esta es la clave, ¡no perder la paz!

¡Gracias, Señor, por ser tan bueno con nosotros!



Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 3 de febrero de 2008

SUGERENCIAS PARA ORAR

Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:

Paso a paso ...



Invocación al Espíritu

Pide que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



Oración

Respondo al Señor, de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ Zaqueo tenía dificultades para ver a Jesús y se buscó una estrategia: subirse a un lugar más alto para poder ver mejor. Pero... ¡sorpresa! De “**querer ver** (*de forma anónima, uno más de entre el gentío*)” pasó a “**ser visto**” (*con nombre y apellidos, Zaqueo, el publicano*); digamos que “*se puso a tiro*” para ser visto por Jesús. ¿Qué dificultades encuentro en mi vida para ver al Señor? ¿Cómo las resuelvo? ¿Experimento –como Zaqueo– que es el Señor quien sale a mi encuentro?
- ✓ ¿En qué debería cambiar mi vida, si dejase que Jesús se encontrara conmigo? ¿Estaría dispuesto, dispuesta a asumir esos cambios?
- ✓ ¿Qué pienso de la parábola que Jesús le cuenta a Simón? ¿En qué me interpela hoy a mí?
- ✓ ¿Qué criterio usamos para pre-juzgar nuestros entornos y los comportamientos de los que nos rodean?
- ✓ ¿Qué mostraba Jesús cuando escribía con el dedo sobre la tierra? La respuesta puede estar en Jeremías 17,13.
- ✓ ¿Cómo me comporto ante las faltas y debilidades de los otros? ¿Qué actitudes me pide Jesús que tenga?